

POLITICA Y CRECIMIENTO DEMOGRAFICO: UNA REALIDAD INEDITA

No entra en el terreno de lo imposible, sino que cada día se nos muestra con mayor evidencia, que sea una catástrofe nuclear la que dicte de repente una contención del actual crecimiento demográfico en todo el mundo. Si no es así —es posible que una sociedad montada en el temor mutuo o que un Gobierno o entendimiento mundial lo impida— en los decenios que se nos acercan este mismo crecimiento, con todos los problemas que comporta, será el que empuje y transforme por su misma dinámica las condiciones y estructuras religiosas, económicas, sociales y políticas del mundo.

Ahora, en áreas muy delimitadas, estamos comenzando a sentir la presión de un crecimiento tan denso que impide el despliegue de la vida humana. Dentro de poco, el crecimiento de estas áreas irá produciendo un mutuo acercamiento, y es probable que empiecen a desaparecer las grandes ciudades. De hecho, los grandes espacios político-económicos se convertirán en grandes espacios ciudadanos. Una inmensa megalópolis suplantarà a las grandes megalópolis de este momento. Y la mano del hombre, construyendo ciudades, se habrá adueñado por completo de las mil manos invisibles de la naturaleza. Recorriendo calles y calles de una gran ciudad será posible llegar al centro mismo de otra situada a distancias sobrecogedoras. Lo que hoy son grandes ciudades serán mañana los arrabales de la gran ciudad mundializada. No es improbable que la destrucción de las nacionalidades se consiga a través de medios mecánicos. Los pueblos estarán unidos entre sí y los grandes problemas que ahora empiezan a amenazarnos tendrán que ser resueltos a escala mundial. La tecnología impone su espada dictatorial y es prácticamente imposible detenerla. Es decir, no podemos, ni queremos, detenerla. La ciudad-Estado del futuro consistirá en el gran Estado del mundo.

A pasos gigantescos caminamos hacia esta nueva situación. El inusitado crecimiento de todas las ciudades del mundo impone el establecimiento de una civilización eminentemente ciudadana. Expresa o tácitamente, todos los países empiezan a actuar bajo este condicionamiento. No pocos de los

problemas que a veces se plantean tienen su origen en querer ignorar su dependencia de cuestiones mundializadas, animadas por las dimensiones inéditas del mundialismo. Si la óptica no cambia, cuando éste termine de hacerse presente será necesario replanteárselo desde el comienzo.

EL ABANDONO DEL CAMPO

Como consecuencia de la concentración y congestión ciudadana se ha producido un fenómeno paralelo, el abandono masivo de los campos y de los pueblos tradicionales. Sólo hay que echar una ojeada a los periódicos de cualquier país para detectar los hechos. Con reiterada frecuencia, todos los medios informativos del mundo se hacen eco de la situación X en que se encuentran pueblos y pueblos, abandonados por sus habitantes con motivo de las crecientes emigraciones, de las traslaciones continuas de los hombres. Ello ha dado ocasión a bastantes escritores y ensayistas para verter lágrimas de melancolía y evacuar lamentaciones líricas. Los pueblos se van quedando sin habitantes, las familias han huído, la juventud, imantada por las mejores condiciones de vida de la ciudad, han emigrado para siempre de los campos donde vivieron, en lamentables condiciones, sus mayores.

Por los cuatro puntos cardinales de los campos del mundo se está extendiendo un fenómeno inevitable y beneficioso: la huída del hombre. Un fenómeno que se produce desde las exigencias históricas de nuestro tiempo. Está empezando, y los primeros tirones arrancan pedazos de Humanidad. Triste es que tenga que hacerse con las lamentables características que en bastantes ocasiones todos conocemos. Los campesinos debieran emigrar a las ciudades no como una necesidad, sino con la ancha sonrisa de quienes han comprendido en toda su amplitud las exigencias de un tiempo vertiginosamente abocado a la total transformación de sí mismo. Esto, en última instancia, es lo único lamentable del fenómeno; es la necesidad lo que produce el abandono; en pocas ocasiones la plenitud de una determinada sociedad. Ciertamente que estamos en camino de conseguirla; la tenemos a punto de tocarla. Pero no es todavía una fruta redonda y madura capaz de mantener ese justo fiel de la balanza caracterizado por la igualdad vital entre los hombres que pueblan la sociedad industrial y los hombres del campo, sin duda alguna un seguro baremo para medir las conquistas sociales y humanas desde la perspectiva del progreso verdadero. Un buen indicio de que la meta no está tan lejos como algunos suponen es el progresivo abandono de los campos, la llegada en masa de los hombres a las ciudades, los grandes y pavorosos problemas que nos asaltan.

Como digo, los hechos son muy propicios para describirlos con tintas líricas, para entonar un canto por los hombres que se quedan en los pueblos y lamentar la difícil vida que espera a quienes llegan a las ciudades. Pero nada más. La Historia es irreversible. Son irreversibles los espinados senderos de la sociedad cuando camina hacia esa plenitud que busca ansiosamente y que parece no va a terminar nunca de conseguir. Los pueblos se quedan solos y nada puede hacerse para evitarlo. Los campos del mundo no tienen por qué tener más hombres de los que necesitan. Cuando esto ocurre sólo puede esperarse la miseria, la falta de trabajo, ese caciquismo pequeño y penoso que todavía sombrea sus injusticias por bastantes latitudes de la tierra.

Este desplazamiento humano ha ocurrido en casi todos los países en el momento de encontrarse en la esperanzadora frontera que separa el subdesarrollo de la opulencia. En el campo, ciertamente, quedan pocos hombres, pero perfectamente equipados con maquinaria para conseguir una multiplicación de la productividad y medios de locomoción tan eficientes que trasladarse a una gran ciudad les supone menos tiempo que moverse dentro de una de las grandes urbes actuales.

El abandono de los campos viene impuesto por el ritmo de los tiempos, por la creciente industrialización del mundo. En el campo quedan los hombres que el campo necesita, y ni uno más. Quienes quedan empiezan a disfrutar de las mismas condiciones de vida que los hombres de las ciudades.

Ni siquiera líricamente se pueden poner barreras al tiempo. La cuestión radica en descubrir los caminos líricos del porvenir. Bien está que desaparezcan los pueblos sin razón de ser y que condenan a la miseria a quienes viven en ellos.

EL HOMBRE Y SU PROTAGONISMO HISTÓRICO

El porvenir se está delimitando y ya he aludido a cómo por primera vez en la Historia el hombre es el protagonista de su propio futuro. Durante el salto hemos pasado de una economía basada en elementalidades y en necesidades productivas a una economía de carácter nuclear y complejidades crecientes. Casi repentinamente hemos pasado desde el «pueblo» a la «masa». Una traslación inesperada que arrastra las últimas convulsiones del pasado y se siente sobrecogida por los estertores del mañana. El gigantismo ciudadano no es sólo una cuestión de crecimiento. Es una cuestión de empujes irracionalizados. Al aparecer la irracionalidad se ha perdido el sentido histórico, el sentido de la ciudad histórica y nos hemos encontrado con un mundo de rascacielos y calles intransitables que adelanta el caótico desconcierto que se nos viene

encima. Lo que será las nuevas ciudades mundializadas se está dibujando ahora con caracteres precisos. Cuando estos dibujos tomen consistencia y se concreten en la realidad habremos dado el último paso de acercamiento hacia una total transformación de estructuras y mentalidades. Estamos ahora en el intermedio que presagia el gran desenlace de la sociedad actual. Un desenlace trágico, feliz o tal vez cómico. En todo caso, la caída del telón supondrá el comienzo de un nuevo capítulo de la comedia humana.

Un elemento de capital importancia en las últimas transformaciones que estamos teniendo se encuentra impulsado por las nuevas clases sociales. Las gentes que venían del campo y las que desde siempre habían vivido en las ciudades se han fusionado para dar paso a una nueva clase social que ha ascendido a niveles económicos superiores, a unos niveles que les permiten participar, real o ficticiamente, en la sociedad consumista. Es una clase que produce y que consume por encima de sus necesidades. Se les crean nuevos campos de consumo artificializado y se deja llevar en una cadena de complacencias eróticas.

El cambio social es evidente y se ha traducido a renglón seguido en un cambio convulsivo del medio urbano. Y el automóvil es ya el verdadero paseante y protagonista de la ciudad. Antes era el hombre, pero ahora ha sido desplazado al segundo término de las comparsas y ha sido suplantado por un objeto —uno cualquiera entre los muchos que pudieran escogerse— que con cada nueva concesión exige nuevos campos a conquistar. En adelante, los cambios sociales dependerán, en buena medida, de los cambios del medio urbano.

Las consecuencias actuales están claras y nos atomentan cada día con la sensación de estar metidos en una ciudad enferma. La congestión ciudadana empezó como un malestar pasajero y ha terminado por adueñarse de todo el cuerpo social. Ultimamente estamos comprobando la desaparición progresiva de la conciencia colectiva del ciudadano. El progreso tecnológico sigue su marcha incontrolada, sigue los caminos propios de todo progreso cuando se encuentra animado por la idea de su superación ilimitada. Lo que en el fondo y realmente ha desaparecido es el crecimiento equilibrado. Algo así como si nos encontrásemos ante una criatura con la cabeza enormemente desarrollada, con unas extremidades más largas que otras y el cuerpo empequeñecido y raquítrico. Y con la agravante de que cada día resulta más difícil acercar las distintas partes. Por el contrario, seguirán desarrollándose por cuenta propia y sin considerar una reducción de distancias.

De aquí los innumerables focos de subversión y trastornos personales y colectivos que surgen continuamente en todas las partes de la tierra. El hombre ha quedado reducido a las palpitaciones de una mínima vida personal, a la que se van recortando posibilidades y que se resiste a desaparecer por com-

pleto. Cada hombre de cada ciudad está pagando con el alto precio de sus nervios y de su vida el desarrollo de un mundo que le ha desbordado absoluta y completamente. La ciudad, la entrañable ciudad del hombre, se ha convertido en una gran aglomeración sin espíritu, o tal vez con un nuevo espíritu que nuestro tiempo tiene que descubrir. Este es el estado de la verdadera cuestión. Hay algo en nuestras grandes ciudades, una vena vital, los latidos de un corazón, su ramificación nerviosa, que se nos ha vuelto misterioso y huidizo. Algo desconocido, la medula íntima que inflama todo el movimiento. Algo que es preciso descubrir para poder seguir adelante. Si no aclaramos de qué se trata llegará un momento en que la congestión impedirá toda actividad y la vida misma.

LAS UTOPIÁS POLÍTICAS

Mientras tanto, nos encontramos en medio del caos y la desorientación, poniendo al hombre una serie de nuevas celdas que terminarán por dejarlo reducido a una expresión mínima y desesperanzada.

Empezamos a encontrarnos muy lejos de aquella idea marxista, tan cara para la actividad del nihilismo subversivo, que veía la ciudad como un ideal enclave histórico para generar la revolución. Las revoluciones sólo podían adquirir entidad y prosperar en medios radicalmente ciudadanos. Ahora comprendemos la inutilidad de esta teoría. Hoy no es posible. La ciudad actual, transida de gigantismo, es un reducto del conservadurismo. Tanto por sí misma como por la mentalidad de los hombres que la pueblan. La megalópolis ahoga toda posibilidad de acción revolucionaria. Para la subversión, en las grandes urbes actuales, sólo queda la posibilidad del comando. Comandos organizados, destructores y eficaces pero inutilizados para conseguir la revolución total, a menos que se adueñe de la colectividad un histerismo total que raramente puede estar ocasionado por la animadversión revolucionaria. El gigantismo ciudadano está reduciendo a la inutilidad, destrozando de un solo tajo, las utopías de los ismos políticos, tanto los que se asientan en la subversión como en aquellos que se mantienen en el conservadurismo, tanto los que se mueven a la izquierda del corazón humano como los que se acompañan al ritmo medido de la derecha.

El problema tiene ya coloraciones nuevas, un iris con distintos dibujos y múltiples matizaciones, con tonos a los que tiene que adecuarse la vida y la óptica humanas. Antes el mundo vivía recluso sobre sí mismo. Ahora se ha independizado de sus propios límites y se orienta hacia nortes situados en otros ángulos del Universo. El norte no es una orientación. Han aparecido

múltiples nortes que trastornan y vuelven ineficaces a las brújulas de otros tiempos.

Estamos tocando las fuentes mismas de la imaginación. Estamos tocando el comienzo real de un mundo nuevo. Un mundo nuevo. Una realidad nueva. Unos hechos nuevos. Un hombre nuevo, ahora descentrado y en gestación. La cuerda vital del tiempo está alcanzando una tensión máxima para ir consiguiendo sus inevitables adecuaciones. El ojo avizor del hombre penetra el inédito paisaje. El problema se descompone en tantos problemas que no admite una solución uniforme. Y, pese a ello, en seguida se le aplican distintas y variadas soluciones. Lo más fácil y lo más sencillo a estas alturas es caer en el «urbanismo visionario». Día a día nos asaltan desde todos los medios de comunicación múltiples ideas utópicas que indican con seguridad unánime los caminos de la salvación. Es un «urbanismo visionario» que centra toda la acción en la utopía de la ciudad nueva. Pero tal como se han puesto las cosas, el despliegue de las utopías urbanísticas, al ser desbordadas constantemente, genera inéditos caminos utópicos que son desbordados al día siguiente en la misma rueda sin fin. La consecuencia es inevitable por cuanto todas las utopías urbanísticas se constituyen en procedimientos que conducen a la frustración y a ser utilizadas en provecho de esos anónimos intereses privados que han convertido nuestras ciudades en antesalas del caos.

SOCIEDAD Y GRANDES CIUDADES

Ahora es imprescindible que empecemos a tratar la cuestión a nivel de los hechos reales. Se precisa energía para intervenir en el crecimiento de las ciudades e imaginación para pensarnos en ellas, para pensarnos como habitantes de un paisaje absolutamente incoherente y diferenciado. Los hechos de hoy, como consecuencia de una evolución histórica, es lo que no conviene perder de vista. La ciudad es una forma dinámica, que crece por encima de los deseos del hombre, y nos hará cambiar; hará cambiar la estructura total de la sociedad. Si en otras épocas la ciudad respondía a unas exigencias de la sociedad que le daba vida y razón de ser, ahora, y cada vez con más fuerza, la sociedad será la consecuencia de la ciudad. El círculo se ha cerrado; la traslación es completa y total. Será preciso considerar las necesidades del hombre viéndolo inmerso en una colectividad mastodóntica. Si será un hombre nuevo, será también un hombre real, porque el hombre como abstracción ni ha existido ni existirá nunca, bien que le pese a todos aquellos que lo han visto así para poder manipularlo mejor.

No nos engañemos. La megalópolis es la contrapartida cruel que debe

pagar el hombre por vivir en una sociedad nuclearmente estructurada. No hay salidas. El consumismo actual es una droga pasajera, un telón de humo. No será posible reducir la ciudad hasta niveles humanos.

Esto no quiere decir que vaya a perder su condición de cauce colectivo. Es que será un cauce colectivo de otra naturaleza. El urbanismo posee en su medula notas de absoluta relatividad histórica. El hombre y la ciudad terminarán por compenetrarse. Lo que hay que conseguir es que tal compenetración se haga con la menor cantidad posible de traumas para uno y otro. El momento actual es una cadencia muy significativa de una crisis que se traduce en la falta de espacio vital, en problemas mentales y fisiológicos, en polución, en una serie de datos cuya presión está conduciendo hacia la desembocadura de la propia crisis.

El problema surgirá —está surgiendo ya— cuando se intente integrar la actualidad motorizada dentro del ámbito de exigencias y esencias permanentes de la naturaleza humana. Sabemos que el modo ciudadano y las estructuraciones sociales que hemos establecido en unos y otros flancos del hombre, nunca en una visión integral, no van a continuar siéndolos útiles. De la congestión ciudadana surgirá un nuevo urbanismo acelerador del nacimiento de un hombre nuevo. Las notas precisas que contendrá no es posible detectarlas ahora. Nos moveríamos en un mundo de intuiciones más o menos válido, siempre proclive al error. Urbanismo nuevo y hombre nuevo, en sus formas de manifestarse, son entidades fundamentalmente relativas e históricas. Ya no podremos escaparnos de las grandes ciudades, de las inmensas ciudades, de la inmensa ciudad, que nos gobierna. Lo que sí parece posible es que, para no llegar demasiado tarde, empecemos a pensarlas, a pensarnos dentro de ellas, de otra manera. Ahora estamos cabalgando en el potro brioso del urbanismo visionario. Que nos derribe o no es algo que depende de las manos que lo conducen y de evitar su fácil desbocamiento.

FERNANDO PONCE

